

Suplemento especial:
Jornadas Interdisciplinarias

¿Qué hacer con E. P. Thompson?

27 y 28 de junio de 2013
Universidad Nacional de Quilmes

E. P. Thompson en la antropología social latinoamericana. Convergencias, divergencias y desplazamientos conceptuales

Julia Soul

CEIL – CONICET

jsoul@ceil-conicet.gob.ar

El oasis thompsoniano en la crisis de los grandes relatos. De encuentros, desencuentros y críticas

The *Making of the English Working Class*, de E. P. Thompson, se ha convertido en una referencia fundamental para quienes pretendemos producir explicaciones sobre la dinámica social desde una perspectiva capaz de dar cuenta del desarrollo contradictorio de la misma y del rol de los trabajadores en su devenir concreto. En nuestro caso — como parte de una generación de antropólogos formada en las universidades argentinas durante los tardíos 90—*The making...* funcionó, a la vez, como una obra que sintetizaba una aproximación teórica a la impronta que, en la dinámica histórica, tenía el accionar de los trabajadores —como el principal grupo de los *sectores subalternos*—. Esta aproximación resultaba prometedora en varios sentidos: en primer lugar, aportaba una noción procesual e histórica de la categoría de clase social, fundada no sólo en relaciones estructurales, sino también en el proceso activo de configuración de prácticas, sentidos e identidades distintivos, transmisión de tradiciones y construcción de organiza-

ciones e instituciones propias. Así, y en segundo lugar, la apuesta thompsoniana recuperaba una noción de *lo cultural* plegada al ámbito de lo simbólico y abierta a ciertas premisas relativistas —en Thompson, vinculadas con los entramados simbólicos epocales antes que espaciales— propias de la antropología clásica. En esa interpelación, el recurso thompsoniano a los *sentidos* y las *costumbres*; los *rituales* y las *normas* y el estatus central que adquirirían en la construcción de interpretaciones, generaba un grado de proximidad y familiaridad analítica que resultaba sumamente fructífero para la construcción de preguntas de investigación. Finalmente, una concepción de la historia como resultado del accionar humano que daba cuenta de las formas en que se producían y reproducían contradictorias relaciones de dominación y explotación. En este triple sentido la aproximación a la obra de E. P. Thompson abona en el planteo de dos debates fundamentales en el seno de las ciencias sociales: la relación *estructura/agencia* como clave explicativa del devenir histórico y las relaciones entre las dimensiones *material* y *simbólica* de las relaciones sociales.

De modo que el punto de partida para el ensayo que presentamos aquí se sitúa en una revisión de los vínculos entre la investigación antropológica y la obra de E. P. Thompson desde una doble vía: de una parte, una aproximación crítica a los instrumentos, problemáticas y herramientas de interpretación que E. P. Thompson recupera en su acercamiento a la disciplina. A su vez, y desde la perspectiva de la Antropología Social, pretendemos recuperar el entramado teórico y metodológico en que se inscribieron sus aportes conceptuales, metodológicos y epistemológicos en el seno de las investigaciones producidas en y sobre los trabajadores latinoamericanos. Como mostraremos, los entramados conceptuales en que se inscriben las apropiaciones del enfoque thompsoniano combinan diferentes corrientes teóricas y expresan “marcas epocales”, tanto en el registro teórico y epistemológico como en el marco de los procesos sociales más amplios que determinan los procesos de investigación. La clave de lectura que atraviesa nuestra revisión es que la perspectiva thompsoniana ha funcionado antes como vía de formulación de preguntas de investigación que como instrumento de construcción de respuestas o de estrategias metodológicas puntuales. De esta manera, los debates cruciales que la obra de Thompson —y el marxismo anglosajón en general— contribuye a delimitar, se resuelven en las investigaciones concretas recurriendo a las construcciones conceptuales con las que se entraman. En esta clave, el propósito de esta revisión es la recuperación propositiva de ciertos elementos presentes en la perspectiva thompsoniana-

na, necesarios para la actualización/construcción de un abordaje socioantropológico inscripto en la tradición marxista de la antropología crítica latinoamericana.

En esta tarea, es preciso situar históricamente los diálogos a los que referimos. En primer lugar, estos diálogos se potencian en tanto el *marxismo anglosajón* como la *antropología social británica* expresaron momentos de *crisis* por los que atravesaban tanto el marxismo ‘ortodoxo’ como la Antropología social, que condujeron a replanteamientos y reformulaciones que atacarían el corazón de los conocimientos y herramientas analíticas dominantes en ambos campos. Todo un conjunto de autores destacados en ambas tradiciones sitúan en 1968 el momento de eclosión y ‘plena conciencia’ de esas crisis cuyos orígenes se remontaban a la Segunda Guerra Mundial. Escapa a los objetivos de este artículo analizar el modo en que estas crisis se encontraban determinadas por las transformaciones sociales desplegadas en el capitalismo de posguerra, por las prácticas políticas sustentadas en el marxismo estalinista de una parte, y por las profundas implicancias de los procesos de descolonización y movilización social en los países periféricos y en las ex colonias. Hacia el conjunto de los intelectuales, investigadores y académicos, ambos procesos revelaban, a su vez, limitaciones teórico-epistemológicas y complicidades flagrantes.¹ En términos disciplinares, ambas crisis produjeron una ampliación de preguntas, problemas, temas e instrumentos teóricos y metodológicos para el abordaje y la construcción de objetos de estudio. Fundamentalmente, se producen nuevas conceptualizaciones en torno de la *cultura*, la *sociedad*, los *sujetos* y las relaciones entre estas dimensiones. En la Antropología Social, esa crisis se proyectó como la crisis del *modelo antropológico clásico*, referida a un conjunto de premisas teóricas y epistemológicas que comprenden las conceptualizaciones sobre la *cultura* desarrolladas por las corrientes antropológicas dominantes en la primera mitad del siglo XX.² En tanto para la disciplina de la historia, la crisis supuso la emergencia

1 Angel Palerm caracteriza vívidamente la situación de la Antropología de las décadas de posguerra en *Antropología y marxismo*, México, CIESAS, 1980, p. 27. Geoff Eley analiza las consecuencias de 1968 desde su propia experiencia como estudiante, y la agenda que se planteó para la historia social desde entonces (Eley, Geoff: *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, Universidad de Valencia, 2008). Entre tanto, Victoria Novelo enfatiza el compromiso militante que nutrió a las investigaciones sobre la clase obrera desarrollada por la “generación del 68” (Novelo, Victoria (ed.): *Historia y cultura obrera*, México, Ciesas, 1999).

2 Para las principales características del Modelo Antropológico Clásico ver Menéndez, Eduardo: *La parte negada de la cultura*, Rosario, Editorial Prohistoria, 2010, p. 43. Una visión contemporánea sobre los desafíos que enfrentaba la antropología a partir de la “extinción de los pueblos primitivos” y sus posibilidades de desarrollo futuro en Lévi-Strauss, Claude: “¿La antropología en peligro de muerte?”, en *El Correo de la UNESCO*, Año XVI, Noviembre 1961.

de un nuevo modo de concebir la *historia social*, atravesado medularmente por el debate del concepto de *clase social* y por discusiones propias del campo intelectual marxista.³

Una segunda cualidad que asumen estos diálogos puede ser tematizada a través de la imagen de las relaciones entre el centro y los márgenes. Así, en Inglaterra, los departamentos de Antropología Social se hallaban ubicados en las universidades más antiguas y elitistas —Oxford, Cambridge y la London School of Economics— en el corazón tradicional del sistema académico británico y férreamente custodiado por un núcleo relativamente pequeño de antropólogos académicamente establecidos cuya preocupación era reproducir las estructuras exclusivistas que los sostenían. Desde ese mirador, el “*brebaje embriagador de lo que hoy se conoce como los estudios culturales británicos*”⁴ se desarrolló en relativo aislamiento. Así, la interlocución entre una antropología social académicamente establecida y un conjunto de historiadores y literatos dedicados a la educación de adultos, con fuertes compromisos militantes y voluntad de construcción de una perspectiva historiográfica popular,⁵ es un proceso retrospectivo liderado por historiadores particularmente interesados en las formas de acción popular no capitalistas y cuyas principales elaboraciones transcurrieron en los márgenes de las instituciones académicas.⁶

Finalmente, y en tercer término, la relación entre los aportes de E. P. Thompson y la antropología social latinoamericana se produce mediada por diferentes contextos político-institucionales, teóricos y epistémicos que concretizan los entramados problemáticos en que se inscriben. Sin embargo, su recepción replica la relación de marginalidad que caracterizó las de la antropología y la historia social en sus centros productores (para este momento, Estados Unidos y Gran Bretaña). En efecto, aunque la Antropología Latinoamericana tempranamente hizo de los trabajadores rurales y urbanos sujetos de estudio antropológico, lo hizo relativizando, teórica y problemáticamente, el sus-

3 Geoff Eley y Keith Nield sitúan la publicación de *The making...* como el inicio del período que marca el nacimiento del análisis de clase en la historia social británica. Eley, Geoff y Nield, Keith: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, Universidad de Valencia, 2010, p. 41.

4 Spencer, Jonathan: “British Social Anthropology. A retrospective”, en *Annual Review of Anthropology*, Vol. 29, 2000, p. 6 (la traducción es nuestra).

5 Geoff Eley y Keith Nield describen al grupo de *historiadores del partido comunista* —integrado entre otros por M. Dobb, R. Williams, E. Hobsbawn, D. Thompson, R. Samuel, S. Hall— como un núcleo fundamental en la emergencia de la historia social marxista desde la década del 50. Eley y Nield, *op. cit.*

6 Eley y Nield, *op. cit.*, p. 44 y ss. El racconto de Spencer (*op. cit.*) reproduce esta suerte de paralelismo institucional entre ambos movimientos intelectuales.

trato clasista. Antes bien, contruidos como campesinos o indígenas, los trabajadores y sus prácticas fueron objeto de múltiples abordajes tributarios de la perspectiva de la modernización (como O. Lewis y su “Cultura de la Pobreza”) o de la Ecología Cultural. En síntesis, el estudio de los procesos de descampesinización y proletarización se producía indirectamente, a través de interpretaciones funcionalistas y culturalistas en clave de *aculturación*, *integración* o *modernización*.⁷ Replicando la relación entre centros y márgenes, propia de las vinculaciones en Inglaterra, la incorporación de la corriente del marxismo británico en la antropología de América Latina se produjo a través de problemáticas y debates específicos, y por la vía de equipos de investigación puntuales y orientados a la investigación de problemáticas específicas sobre *la clase trabajadora*.⁸ En este sentido, no es un dato menor el hecho de que Thompson haya focalizado su atención en las formas y procesos mediante los cuales se había configurado la experiencia del proceso de industrialización capitalista de los trabajadores preindustriales, puesto que esta situación era la condición que caracterizaba a muchos de los conjuntos sociales que abordaban los antropólogos latinoamericanos. En esta perspectiva, los aportes thompsonianos nutren procesos de investigación que tienen como objeto los procesos de formación de la clase obrera en los países de desarrollo capitalista dependientes.

A lo largo del texto sostendremos que es posible identificar preocupaciones comunes, *puentes*, entre las elaboraciones de E. P. Thompson —y otros historiadores— con las problemáticas construidas en el seno de la antropología británica. A través de esos *puentes* las interrogaciones propias acerca de las relaciones entre *sujeto*, cultura y sociedad se resolvieron en diversas perspectivas teóricas y metodológicas que produjeron fructíferos *encuentros* en el seno de la Antropología Social Latinoamericana, fundamentalmente en la construcción de los *trabajadores rurales y urbanos como ‘sujetos antropológicos’* —al decir de Wolf y Mintz— y profusas líneas de investigación tanto en (y sobre) México, Argentina, Brasil y otros países latinoamericanos. Estas construcciones conceptuales

7 Palerm, Angel, *op. cit.*, p. 22; Kemper, Robert: “El desarrollo de los estudios antropológicos sobre la migración mexicana”, en Suárez, Modesto (coord.): *Historia, antropología y política. Un homenaje a Angel Palerm. T. II.*, México, Alianza Editorial, 1990. México y el Caribe, junto con Africa, resultaron los escenarios privilegiados para la discusión del concepto de *clase* en la Antropología Británica y Norteamericana. Una síntesis de estos debates en Smith, Raymond: “Anthropology and the Concept of Social Class”, en *Annual Review of Anthropology*, Vol 13, 1984.

8 Para la situación en Argentina, ver Herrán, Carlos: “Antropología social en Argentina. Apuntes y perspectivas”, en *Cuadernos de Antropología Social*, Vol. 2, No. 2, 1990 y Garbulsky, Eduardo: “La Antropología Social en Argentina”, en *Runa*, Vol. XX, 1991-1992. En México, Palerm, Angel: *Historia de la Etnología*, Vol. I, (varias ediciones). En Brasil, ver Correa, Maritza: “An interview with Roberto Cardoso de Oliveira”, en *Current Anthropology*, Vol. 32, No. 3, 1991.

atravesaron gran parte de la producción antropológica durante los 70 y los 80. En el contexto de la década del 90, se produce una profunda transformación de las condiciones sociales, las sensibilidades y las problemáticas que interpelaban a los antropólogos, cuyas implicancias marcan las direcciones de las investigaciones actuales.

I - Los puentes: E P Thompson y la Antropología social británica

En nuestros primeros acercamientos a los textos de Thompson reconocimos un conjunto de preocupaciones comunes con los desarrollos de la Antropología Social Británica. Como mencionamos, E. P. Thompson forma parte de una corriente que renovarí­a la perspectiva marxista de la historia social, al recuperar la *agencia* de los subalternos como elemento de peso en la configuración concreta de los procesos históricos y la dimensión cultural de la vida social como fundamento de esa agencia. En el relato de estos intelectuales, los procesos sociales y políticos acaecidos en la URSS habían disparado una serie de problematizaciones en torno de los fundamentos teóricos de aquellas dinámicas políticas. Sintéticamente, este grupo de intelectuales proponía una lectura “no meramente económica” de la historia del capitalismo y de la industrialización capitalista en Inglaterra, recuperando la relativa autonomía analítica de otras dimensiones de la vida social. Geoff Eley y Keith Nield sostienen que este grupo cimentó, a través de la revista *Past and Present*, las principales líneas de investigación del campo de la *historia social* desarrolladas fundamentalmente en un registro en que las premisas teóricas compartidas por el colectivo permanecieron latentes. Entre los principales aportes del grupo en general y de la obra de Thompson en particular, hacia el campo de la historia social, los autores destacan la ruptura con las visiones evolucionistas y progresivas de las implicancias de la Revolución Industrial, y la construcción de la resistencia a la explotación económica y la opresión política por parte de los sectores subalternos, como elementos constitutivos del proceso histórico. Al mismo tiempo, la investigación thompsoniana contribuyó a colocar a la *clase* en el centro de las explicaciones de los procesos sociales y políticos de los siglos XVIII y XIX, dinamizando un debate que atravesaría el campo de la historia social del trabajo y de los trabajadores.⁹

9 En términos de reflexión política, al enfatizar la forma en que las prácticas de los trabajadores preindustriales habían contribuido a la configuración de la “clase obrera” inglesa, Thompson intentaba discutir las premisas sustitutas de la acción política de los trabajadores.

Contemporáneamente, en los centros productores de Antropología —básicamente Inglaterra, Francia y Estados Unidos— los procesos de descolonización y de cambio social estaban conduciendo a serias reformulaciones de los fundamentos teóricos y conceptuales de las interpretaciones producidas hasta ese momento. La preocupación por la delimitación de un campo disciplinar preciso — que, además, contemplara el carácter internacional de su desarrollo— se materializó en la convocatoria a la primera de una serie de conferencias por parte de la Association of Social Anthropologists (ASA) en 1963. Esta conferencia, organizada por M. Gluckman y F. Eggan, convocaba a la ‘nueva generación’ de antropólogos británicos y estadounidenses. En la Introducción a la publicación de los trabajos, Gluckman y Eggan¹⁰ trazan un bosquejo sobre el diálogo interdisciplinar del momento: constatan el acercamiento e influencia de la sociología (específicamente con la matriz weberiana, el funcionalismo parsoniano y con el interaccionismo simbólico); el creciente campo de comunicación con la teoría económica, y la necesidad de profundizar los debates con la ciencia política.¹¹ El esfuerzo de delimitación disciplinar realizado por Gluckman y Eggan recupera el concepto de *costumbres*¹² —entendidas como materialización de un universo simbólico colectivo— y remite a la “gran división” parsoniana, que reservaba a la antropología el estudio de la cultura, entendida como un conjunto de valores a partir de los cuales se organizan las conductas observables en las sociedades.¹³

En esa conferencia se presentaron trabajos hoy clásicos,¹⁴ que anunciaban un desplazamiento del foco de la antropología clásica, desde las formas institucionales y las construcciones objetuales holísticas y generales hacia las *prácticas* que configuraba el accionar de individuos y grupos en las sociedades complejas,¹⁵ al mismo tiempo que problematizaba el concepto de *comunidad* como uni-

10 La publicación de las exposiciones se organizó en torno de cuatro temas: la relevancia de modelos para la antropología social, los sistemas políticos y la distribución de poder, aproximaciones antropológicas al estudio de la religión y la antropología social de las sociedades complejas. Gluckman, Max, y Eggan, Fred: “Introduction”, en Banton, Michael (ed.): *The Social Anthropology of Complex Societies*, Londres, Tavistock Publications, 1966, p. xvi.

11 Gluckman y Eggan, *op. cit.*, p. xix y ss. En este repaso, no hay menciones de las vinculaciones con la disciplina histórica o con la crítica literaria, que más tarde caracterizaría el campo de los *estudios culturales*.

12 Gluckman y Eggan, *op. cit.*, p. xxv (la traducción es nuestra).

13 Kuper, Adam: *Cultura. La versión de los Antropólogos*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 77 y ss. El autor da cuenta de la ruptura que produce la tradición antropológica estadounidense, desde Boas en adelante, en la construcción de una noción *científica* de cultura —esto es, la delimitación de *lo cultural* como objeto de conocimiento— opuesta a las nociones *humanistas* propias de la tradición europea.

14 Wolf, Eric: “Kinship, Friendship and Patron – Client Relations in Complex Societies”, y Mayer, Adrian: “The Significance of Quasi – Groups in the Study of Complex Societies”, en Banton (ed.), *op. cit.*

15 Para una caracterización de este cambio, ver Boissevan, Jeremy: “Towards a Sociology of Social Anthropology”, en *Theory and Society*, No. 1, 1974.

dad analítica de la disciplina al poner en evidencia las diversas relaciones personalizadas mediante las cuales conjuntos sociales determinados se incorporaban a las otrora *funcionales* unidades locales. Otros trabajos¹⁶ presentaban los núcleos fundamentales de la conceptualización semiológica de la *cultura* como un orden/sistema de significados colectivos, cuyo estatus objetual es independiente de las nociones de estructura social y de personalidad. Este orden de significados se expresaba, a través de símbolos, en productos sociales como los *rituales*, las *normas* y las *costumbres*, que vehiculizaban la continuidad de los grupos bajo estudio.

La descripción del contenido de esa conferencia, convocada desde uno de los principales centros de producción antropológica, permite identificar núcleos de preocupación comunes en ambas disciplinas, que tuvieron desarrollos internos al interior de cada una y que, posteriormente, potenciaron diálogos interdisciplinarios. De una parte, Thompson asumía que el acercamiento a la Antropología Social le había permitido ponderar la importancia de las normas y sistemas de valores o los rituales como indicadores de las relaciones de hegemonía y de sus desafíos.¹⁷ Esta referencia thompsoniana a relaciones de hegemonía introduce, de una parte, una discontinuidad en la perspectiva de la antropología clásica, toda vez que aún resultaban dominantes los supuestos antropológicos acerca de la unidad sistémica/funcional de las *culturas*, que categorizaban la desigualdad y la dominación como asimetrías de poder. A la vez introduce la ponderación de *lo cultural* en la construcción de la historia social, al plantear que la *reconstrucción del universo simbólico* de los rituales y acciones colectivas de las multitudes era una importante vía de inteligibilidad de las contradicciones que dinamizaban el proceso histórico.¹⁸ En cierto sentido, esta premisa es importante para la construcción de la *clase* como sujeto histórico, puesto que al invocar cierto principio relativista respecto de la consideración de la cultura, propio de la antropología social, permite reconstruir y ponderar las particularidades a través de las cuales se desarrolla el proceso histórico y, fundamentalmente, las for-

16 Se trata de "Religion as a Cultural System" de C. Geertz; "Colour Classification in Ndembu Ritual", de V. Turner, y "Religion: Problems of Definition and Explanation", de M. Spiro, todos compilados en Banton, Michael (ed.): *Anthropological Approaches to the Study of Religions*, Londres, Tavistock Publications, 1966.

17 Thompson, E. P.: "Folklore, antropología e historia social", en *Historia Social*, No. 3, 1989 [1976], p. 82.

18 Thompson, E. P.: "La sociedad inglesa del siglo XVIII ¿Lucha de clases sin clases?", en *Tradición, Revuelta y Conciencia de Clase*, Barcelona, Editorial Crítica, 1979, p. 46. La indicación metodológica más clara, que se sigue de su observación de las protestas populares, previene contra la simple descripción y pone como tarea "recobrar el significado de esos símbolos con respecto a un universo simbólico más amplio, y así encontrar su fuerza tanto como afrenta a la hegemonía y como expresión de las expectativas de la multitud" (*op. cit.*, p. 46, nota 43).

mas concretas en que éste informa las prácticas de los conjuntos sociales subalternos, a la vez que transforma sus condiciones de existencia.

Desde el punto de vista del cuestionamiento a las teorías de corte estructural-funcionalistas dominantes en ambas disciplinas, la importancia de la propuesta thompsoniana radica en que introduce la noción de contradicción en las configuraciones de *lo cultural* y postula para el historiador la tarea de interpretar modos de protesta y conflicto, de desafío y enfrentamiento, problematizando el carácter autónomo y sistémico de las significaciones, tal y como ellas son comprendidas en las nociones semiológicas de cultura propias de la antropología.¹⁹ Entretanto, para los antropólogos, la centralidad otorgada a *lo cultural* como la vía mediante la cual los conjuntos sociales procesan las transformaciones socioeconómicas interpela las nociones ahistóricas e idealistas que vertebraban su abordaje. El dominio de *lo cultural*, se inscribe así en relaciones sociales de dominación en tanto expresión del proceso histórico en que se despliegan dichas relaciones, cuestionando así el estatus de independencia de *lo simbólico* presente en las nociones *clásicamente* antropológicas.

Tanto por las perspectivas teóricas dominantes como por los problemas abordados, la apropiación del concepto de *clase social* en el campo de la antropología social se produjo en dos sentidos: en primer lugar, y en la perspectiva estructural-funcionalista, las *clases* eran consideradas formas particulares de estratificación social en las comunidades industriales coherentes con los particulares sistemas de estatus que las caracterizaban. En este sentido, la clase como vector de agregación posee un estatus conceptual equivalente al parentesco, la religión o la etnia. Otra vertiente del concepto de clase social en su versión acuñada por la ecología cultural, la sitúa en el nivel de los segmentos socioculturales horizontales integrados en la sociedad nacional más amplia.

De modo que, antes que como clases en formación, los trabajadores rurales y urbanos se configuraron como objetos de estudio antropológico mediante la tematización de los fenómenos que caracterizaban a las *sociedades complejas*. Existen numerosas investigaciones que discuten el carácter de clase de los conjuntos sociales subalternos configurados al calor de los procesos de descolonización y urbanización, especialmente si es lícito que los investigadores asuman esa conceptualización

19 Así, la conceptualización de la *economía moral de la multitud* o del carácter conservador de los elementos simbólicos de la *cultura popular* que informaban la resistencia en el siglo XVIII. Thompson, E. P.: *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979.

para conjuntos sociales que tienen otras relaciones (tribales, de parentesco, religiosas) como referencia y que no presentan *comportamientos clasistas*. Un artículo de la década del 80 daba cuenta de la necesidad de esta categoría para la investigación antropológica, a pesar de las imprecisiones teóricas que lo rodean.²⁰

El estudio de las *comunidades* proporcionaría un poderoso puente con la historia social marxista, en tanto posibilidad de construcción de una aproximación al desarrollo concreto de los procesos sociohistóricos en casos particulares. En su reconstrucción de la filiación intelectual de esta corriente, Smith plantea su importancia en la identificación, por parte de los antropólogos, de prácticas *clasistas* en las sociedades industriales, y M. Badaró²¹ recupera la potencialidad que tuvo este tipo de abordajes en los debates de posguerra en torno del *aburguesamiento* de la clase obrera y de su integración a través del consumo. Así, los estudios situados en comunidades permitieron identificar la continuidad de *costumbres, hábitos y prácticas* característicos de la clase obrera que no se expresaban en el ‘consumo de masas’, y evidenciaron la importancia de situar la investigación en escalas de análisis acotadas y pasibles de observación directa. Para la antropología social, esta aproximación significó la rediscusión de los fundamentos funcionalistas del objeto²², acompasando el intento de conceptualización del *cambio social*.

Si, para Thompson, las aproximaciones antropológicas posibilitaron la construcción de nuevas preguntas a los objetos históricos tradicionales, la conceptualización thompsoniana —y del marxismo anglosajón en general— del campo de lo *cultural* en clave de *experiencia histórica de los sujetos* significó la articulación definitiva de la dimensión procesual en la construcción de las problemáticas antropológicas. La incorporación de esta dimensión no era —ni es— obvia ni natural en un campo disciplinar cuyas corrientes dominantes resultaron y resultan predominantemente ahistóricas y se pusieron como objetivo la reconstrucción de sistemas y estructuras de relaciones. El enfoque thompsoniano empalma con, y se nutre de, una serie de interrogantes y problemáticas que la Antropología Social enfrentaba en esos momentos, lo que permitió su apropiación por diferentes grupos y

20 Smith, *op. cit.*, p. 490

21 Smith, *op. cit.*, p. 468; Badaró Mattos, Marcelo: “E. P. Thompson no Brasil”, en *Revista Outubro*, No. 14, p. 85.

22 La sociología y la antropología estadounidenses habían incorporado ya hacia la década del 40 la noción clásica de comunidad en relación con la problemática industrial. Arensberg, Conrad: “Industry and Community”, en *American Journal of Sociology*, N° 48, 1942. Para una reactualización crítica de la noción de *comunidad* ver Nash, June: *From Tank Town to High Tech. The Clash of Community and Industrial Cycles*, Albany, SUNY Press, 1989.

generaciones de antropólogos que lidiaban con problemáticas derivadas de procesos de descampesinización, proletarización de vastos conjuntos sociales.

II - Los encuentros. Thompson en la Antropología de los Trabajadores Latinoamericanos

La apropiación de E. P. Thompson por parte de los antropólogos sociales de América Latina se fue entramando en tradiciones conceptuales y problemáticas de investigación emergentes de las realidades sociales nacionales —siempre vinculadas con el abordaje de los procesos sociales protagonizados por trabajadores y campesinos— y se vio fuertemente condicionada por los avatares político-institucionales de cada país.

Un núcleo de investigaciones de la antropología latinoamericana sobre la clase obrera en las que se evidencia la influencia thompsoniana, tiene como telón de fondo la pregunta por la formación de fracciones o contingentes particulares de la clase trabajadora, a través de la investigación de un tipo particular de configuración de relaciones capital-trabajo: aquellas que se configuran en el ámbito de los *company towns* o Sistemas de Fábrica con Villa Obrera (SFVO).²³ Esta línea de investigación fue desarrollada fundamentalmente por José Sérgio Leite Lopes, y la influencia del marxismo anglosajón acusa idéntica relación de marginalidad respecto de las vertientes conceptuales integradas en la antropología social latinoamericana.²⁴

En efecto, según el estudioso de la recepción de E. P. Thompson en Brasil, M. Badaró, son los aspectos más *antropológicos* de la perspectiva thompsoniana los que abonan la construcción de una perspectiva teórica que, entre otros movimientos intelectuales, fomenta la reinterpretación de la historia de la clase obrera brasilera —de modo similar a lo acontecido en México— y en la construcción de interpretaciones sobre la protesta popular que atendieran tanto a su racionalidad propia

23 *Company Towns*, Sistemas de Fábrica con Villa Obrera o enclaves son términos que definen aquellas formaciones urbanas en torno de una industria particular caracterizadas porque el capital industrial e inmobiliario son propiedad del mismo actor. Esto configura relaciones de dominación particulares, en las que el dominio capitalista se extiende a todos los ámbitos de la vida de los trabajadores.

24 Para la industria textil ver Leite Lopes, José S.: *A tecelagem dos conflitos de classe na 'cidade das chaminés'*. San Pablo, Marco Zero, Universidade de Brasília, 1988. Para la siderúrgica, ver Moraes Morel, R.: *A Ferro e Fogo. Construção e crise da "família siderúrgica": o caso de Volta Redonda (1941-1968)*, Tesis de doctorado en Antropología y Sociología, UFRJ, 1989.

como a las expresiones simbólicas de impugnación del orden y de la autoridad.²⁵ Específicamente en las investigaciones antropológicas citadas, los aportes thompsonianos se evidencian en un entramado conceptual que recoge elementos provenientes de la sociología de Bourdieu para abordar el problema de las formas en que las relaciones de dominación se configuran como cotidianeidad social de los trabajadores, mediante la *internalización subjetiva de las condiciones materiales de existencia*. El lenguaje “bourdieuniano” es aquí vector de la problemática thompsoniana en torno a la agencia de los sujetos en procesos como la continuidad cultural y a las relaciones de hegemonía. El planteo de la *experiencia* como *internalización subjetiva de las condiciones materiales* reposiciona los indicadores simbólicos de esa internalización —y de su cuestionamiento— como objeto de análisis fundamental.

En este sentido, las normas, los valores y los rituales son miradores privilegiados para reconstruir los aspectos simbólicos de la dominación. Tanto José S. Leite Lopes como Regina de Moraes Morel²⁶ colocan en el centro de la escena los símbolos que escenifican las relaciones de autoridad, jerarquía y disciplina propias del ámbito fabril; del mismo modo que prestan atención a las expresiones simbólicas de desafío a la autoridad. En este sentido, las relaciones personalizadas —identificadas con la presencia del *patrón* en los momentos clave de la vida fabril— remiten a instancias de *teatralización de la dominación*, que sancionan y legitiman las relaciones fabriles e industriales en las que son inscriptas las familias campesinas recientemente proletarizadas. Por otro lado, respecto del control empresario sobre aspectos como la vivienda, la provisión de alimentos y la salud, resultan fructíferas las indagaciones en torno de los *derechos* como *lenguaje* desde el cual se configuraron un conjunto de reivindicaciones y demandas obreras, contrapuestas al “lenguaje” de los dones y la reciprocidad, propios de las relaciones obrero-patronales en los SFVO previas a la Consolidación de las Leyes del Trabajo en Brasil, en 1943.

En estas investigaciones, las condiciones materiales de existencia y las formas de internalización subjetiva son objetos de análisis diferentes que permiten, entonces, describir los *procesos* mediante los cuales se construye históricamente la experiencia de los grupos obreros estudiados con re-

25 El relato que realiza Cardoso de Oliveira de la trayectoria disciplinar abona esa caracterización. Correa, *op. cit.*; Badaró, *op. cit.*, pp. 88-91.

26 Leite Lopes, *op. cit.*, p. 52 y Moraes Morel, *op. cit.*, p. 96 y ss.

ferencia al desarrollo capitalista (de las regiones o de las ramas); sin perder de vista su carácter estructurante de las prácticas obreras y empresarias. Esta construcción objetual se expresa, en Argentina, en el trabajo de Federico Neiburg,²⁷ quien presenta un bagaje conceptual que entrama los aportes thompsonianos con los de la antropología clásica, específicamente en lo relativo a la ponderación de las *interacciones personales* como fuente de explicación en la constitución de la dominación paternalista y desplaza hasta la homologación, a los procesos de *formación de clase y expresión de una identidad de clase*.²⁸ En esta investigación, mediante el recurso a las nociones interaccionistas propias de la antropología estadounidense, el autor concluye que el tipo particular de dominación desplegado en un SFVO argentino (caracterizado por relaciones personalizadas e informales) *contesta, contradice* las cualidades específicas que Marx habría establecido para la relación capital/trabajo en la gran industria (burocráticas y anónimas).²⁹

Entretanto, para México, Juan Sariego Rodríguez y Victoria Novelo³⁰ establecen una periodización contextual, temática y metodológica en los estudios sociales sobre la clase obrera mexicana y sostienen que en la trayectoria mexicana, la construcción de la clase obrera como objeto de investigación, estuvo atravesada por una doble situación: por una parte, el fuerte compromiso militante de los investigadores (“complicidad” en términos de Novelo), que los ponía en el camino de los *history workshops* británicos. Por otro lado, el reconocido diálogo entre la antropología social, la historia y la sociología como sustento en la construcción de temas y problemas relativos a la clase trabajadora. La incorporación de la perspectiva thompsoniana —y del marxismo anglosajón en general— de la historia social se expresa en la construcción de temas y problemas de investigación, que descentraban la atención de las crónicas de luchas y conflictos y de la historia cronológica e institucional del movimiento obrero, en un movimiento similar al que acusa la historia social británica. Así, temas como las relaciones en las comunidades y con los sindicatos, las prácticas asociativas y de so-

27 Neiburg, Federico: *Fábrica y Villa Obrera. Historia social y antropología de los obreros del cemento*, Buenos Aires, CEAL, 1989 (2 vols.).

28 No desconocemos que Perry Anderson explicita esta crítica a E. P. Thompson. Sin embargo, resulta más acorde a nuestros propósitos evidenciar el modo en que la teoría antropológica sustenta ese desplazamiento en Neiburg.

29 Los datos que sustentan estas conclusiones omiten la consideración analítica de información que pudiera revelar si, a través de esas interacciones personales, se morigeraban las condiciones de trabajo penosas, se obtenían cambios sustanciales en el nivel de vida o se frenaban los procesos de racionalización o reestructuración.

30 Sariego Rodríguez, Juan Luis: “Antropología y clase obrera. (Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la Antropología social mexicana)”, en *Cuadernos de Antropología Social*, Vol. 1, No. 2, 1988; Novelo, Victoria: “Introducción”, en *Historia y cultura obrera*, México, Ciesas, 1999.

lideridad, las tradiciones organizativas o políticas, el rol y la condición de las mujeres, las migraciones y los desplazamientos fueron delimitando el campo de la antropología de la clase obrera.

La compilación de Victoria Novelo,³¹ una buena síntesis de la agenda de la Antropología de la clase obrera mexicana durante las décadas del 80, permite distinguir algunas intersecciones entre la perspectiva thompsoniana y la teoría antropológica y presenta la sistematización de una perspectiva que operacionaliza la investigación de la *situación obrera* a partir de la unidad entre condiciones de vida y condiciones de trabajo, en tres dimensiones: la condición trabajadora y las formas de vida social asociadas a ella, la conciencia —en clave de solidaridades que parten de la condición común— y la expresión de la conciencia en formas de acciones y organización colectiva.³² Las colaboraciones que reseñan investigaciones empíricas se focalizan en la formación de la clase obrera en enclaves mineros y en la región textil³³ y en la experiencia de las obreras de la industria automotriz.³⁴ La elección de las referencias empíricas no es casual: tanto la región minera como la textil fueron escenarios de conflicto emblemáticos para la clase obrera mexicana³⁵ y la instalación de industrias automotrices es representativa del desarrollo industrial latinoamericano de posguerra. A través de estos estudios de caso es posible avanzar hacia una composición de las heterogeneidades regionales y sectoriales que caracterizan a la clase obrera mexicana y, en el caso de la investigación de Zapata, incorporar la problemática de género desde una perspectiva empírica.

Las investigaciones están vertebradas por la noción de *clase social*, constituida en y por el proceso de expansión del capital a través de políticas empresarias concretas. En estas investigacio-

31 Novelo, *op. cit.* Es la culminación de un conjunto de investigaciones que es posible rastrear en publicaciones como el número temático “Antropología y clase obrera” de la revista *Nueva Antropología* (México, No. 29, Abril 1986) y en diversos artículos de sus autores dispersos en publicaciones periódicas durante la década del 80.

32 Novelo, *op. cit.*, p. 12.

33 En estas investigaciones, el concepto de *comunidad* como construcción objetual central para el abordaje antropológico se desplaza hacia el de grupo obrero particular. Sariago, Juan Luis: “La formación de la Clase Obrera en los enclaves mineros” en Novelo (ed.) *op. cit.*, pp. 138-187; García, Bernardo: “Migraciones internas a Orizaba y formación de la clase obrera en el Porfiriato” en Novelo (ed.), *op. cit.*, pp. 104-136.

34 Zapata, Francisco: “Condición de vida y conciencia obrera de las trabajadoras de la Volkswagen de México” en Novelo (ed.), *op. cit.* pp. 188-220. Este texto introduce la temática de género en la compilación y, conforma al espíritu interdisciplinario que la anima. Sin embargo, de los tres textos empíricos es el que acusa menos influencia thompsoniana, presenta una noción de experiencia ligada a trayectorias individuales y una estrategia metodológica centrada en entrevistas estructuradas.

35 Cananea y Río Blanco: ambos conflictos se desarrollaron durante el gobierno de Porfirio Díaz, y fueron de las primeras manifestaciones de la organización obrera en sectores industriales mexicanos.

nes, la noción de *formación de la clase obrera* adquiere el sentido de *procesos sociales objetivos*, observables a través de situaciones de conflicto, tradiciones organizativas, instituciones y prácticas reconstruidas merced a la observación directa de la vida de los trabajadores y obreros. Esta noción se distancia de la clave analítica que asimila *formación de clase* a *identidad de clase* en tanto proceso subjetivo y contingente. Aunque no se encuentra tematizada con esa noción, la *experiencia* thompsoniana es el registro en que se sustentan los análisis de estos procesos de formación de clase.

En este contexto, comienza a construirse el concepto de *cultura obrera*, que recoge nociones y perspectivas provenientes de los estudios sobre *culturas subalternas* desarrollados por la antropología italiana.³⁶ En este entramado conceptual, se presta particular atención a la forma en que los grupos obreros reproducen y sustentan formas de acción, organización o filiaciones políticas y sindicales; preferencias estéticas, educativas, rituales y normas cuya referencia primaria es el centro de trabajo.³⁷ Esta noción de cultura es asimilable a ciertos aspectos de la noción de cultura subyacente en la perspectiva thompsoniana, toda vez que rompe con la premisa de *lo cultural* como una dimensión de orden meramente significativo pasible de ser sistematizada con independencia de “lo social” y pondera las relaciones de lucha y antagonismo en que se expresan las *tradiciones* y las prácticas obreras. En este sentido, lo distintivo de la cultura obrera son los núcleos de resistencia e impugnación al orden social capitalista que presenta.

Más allá de las críticas a la formulación del concepto *cultura obrera*³⁸ —algunas de las cuales compartimos— su desarrollo resultó fructífero para el abordaje de una serie de problemáticas sobre la clase obrera mexicana y fue un momento fundamental en la construcción de un estudio general de las condiciones de vida y de trabajo de diferentes conjuntos de la clase obrera. Se produjeron importantes monografías sobre grupos obreros particulares que daban cuenta de vastos aspectos de la *ex-*

36 Para una de las sistematizaciones teóricas de este enfoque ver Lombardi Satriani, Luigi: *Antropología Cultural. Análisis de la cultura subalterna*, Buenos Aires, Galerna, 1975.

37 Novelo, op. cit., p. 17.

38 Esta noción de cultura que adquiere un sesgo mecanicista, que tiende más a la clasificación de las prácticas y representaciones obreras, que a la comprensión/explicación de las configuraciones concretas, puesto que pone a los procesos de configuración de tradiciones, instituciones o significaciones en una relación de exterioridad con otras *culturas*, lo que obtura la comprensión de los procesos hegemónicos. De este modo, el resultado son estudios que pueden explicar adecuadamente la multiplicidad de dimensiones (étnicas, de género y vinculadas con tradiciones religiosas o políticas) que nutren los procesos de organización obrera, pero que no logran avanzar en lo que hace a la explicación de los mecanismos de reproducción hegemónica del orden productivo.

periciencia, tanto los vinculados con los procesos político institucionales tradicionalmente abordados —relaciones con las organizaciones sindicales y los partidos políticos— como aquellos relacionados con aspectos de la vida cotidiana de las familias obreras, como el consumo, la educación, la vivienda y los procesos de salud-enfermedad.

Es precisamente a partir de esta última problemática que un grupo de antropólogos, uno de cuyos principales referentes teóricos es Eduardo Menéndez,³⁹ establece una perspectiva que recupera una noción de *experiencia* que asume tanto los contenidos autónomos e irreductibles del accionar antagonista como aquellos configurados al calor de los procesos hegemónicos para problematizar las relaciones entre el trabajo y los procesos de salud-enfermedad. En este contexto problemático, el autor introduce una perspectiva que sitúa la agencia de los sujetos no sólo en la producción de resistencias y cuestionamientos, sino también en la producción/reproducción de condiciones de subalteridad. Plantea un enfoque que delimita un objeto problemático caracterizado como *significación intrínseca del trabajo*, en tanto actividad que, además de resultar organizadora de las relaciones sociales o potencial estructurante de identidad, también es fuente de enfermedades, sufrimientos, padecimientos y accidentes que —en el límite— resultan determinantes de las condiciones de vida y de las condiciones de muerte. Menéndez realiza una crítica explícita al modo en que Thompson asume la direccionalidad de la *experiencia* —como continuidad de prácticas y construcciones simbólicas que estructuran resistencias al capitalismo industrial— dado que, desde su punto de vista, obtura la dimensión negativa de las significaciones en torno del trabajo. La recuperación de la negatividad del trabajo como constitutiva de la experiencia obrera incorpora prácticas relativas a los procesos de “monetización de la enfermedad” y al modo en que los trabajadores y sus familias tramitan enfermedades crónicas o terminales producto del trabajo. Esta incorporación se inscribe en la construcción problemática de la articulación subjetiva del trabajo en las dimensiones de explotación y alienación.

39 En perspectiva histórica, esta línea de investigación comenzó a desarrollarse en Argentina y se vio interrumpida por el accionar de bandas paramilitares durante 1975, cuando se desmembró el Instituto de Medicina del Trabajo y su continuidad se registra en México, a través de la figura de Menéndez, y en la antropología argentina de la década del 80. Respecto de la trayectoria y el contexto investigativo de estas construcciones teóricas, ver Menéndez, *op. cit.*, p. 89 y ss., así como Menéndez, Eduardo: “Trabajo y significación subjetiva. Continuidad cultural, determinación económica y negatividad”, en *Revista Cuicuilco*, No. 19, 1987, reproducido en *Antropología Médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1990 y en Novelo (ed.), *op. cit.*

Esta crítica es fructífera para una reconsideración del concepto thompsoniano de *experiencia*, por cuanto sitúa en el centro del análisis a la articulación subjetiva del *trabajo* —en tanto relación social pero también en tanto actividad concreta— como línea de tensión explicativa de las prácticas y representaciones de colectivos de trabajadores particulares, a partir de la cual se rearticulan los procesos de continuidad/discontinuidad en las prácticas de los sujetos. Dicho de otro modo, en su exposición de la investigación, Menéndez centra la atención en la forma en que *la clase obrera participa de su propia formación también* portando significaciones negativas, construidas en torno del *trabajo* y sus implicancias. La indagación de Menéndez sobre las significaciones dominantes acerca del trabajo en diferentes formaciones sociales revela una constante histórica, que también nutre la ideología y las prácticas de los trabajadores: la subalternización del trabajo y la estigmatización social de los productores.⁴⁰ Esta perspectiva tuvo su continuidad en Argentina, a través de investigaciones que se desarrollaron durante la década del 80, que pusieron de relieve el carácter contradictorio que asume la experiencia del trabajo y los mecanismos ideológico-culturales mediante los cuales los colectivos obreros procesan los padecimientos y malestares que supone.⁴¹ En esta línea de investigación el centro de análisis se sitúa en la *formación* de la clase obrera como sujeto político, a través de la interrogación en torno de las articulaciones políticas de aquellos aspectos de la vida obrera que —como la salud y la enfermedad; la vida y la muerte— usual o cotidianamente caen en el ámbito de “lo despolitizado”. A nuestro juicio, en esta interrogación de “lo obvio”,⁴² radica la potencialidad crítica de estas investigaciones.⁴³ En esta aproximación, la noción de hegemonía cultural —al

40 Resulta relevante indicar que la aproximación metodológica que realiza el autor a las significaciones no tiene como fuente principal los enunciados de los individuos o sus discursos, sino las prácticas e interacciones registradas a través de la observación etnográfica de situaciones de la vida cotidiana.

41 Algunos hallazgos parciales de estas investigaciones se publicaron en la Revista *Cuadernos de Antropología*, No. 5, 1991, y en publicaciones diversas durante la década del 90. También ver, entre otros, Grimberg, Mabel: “Internalizar y resistir: prácticas y demandas de “salud” entre los trabajadores gráficos”, en *Cuadernos Médico - Sociales*, No. 49-50, septiembre-diciembre 1989; Wallace, Santiago y González, Ana: “Industria cervecera y proceso de alcoholización”, en *Cuadernos Médico Sociales*, No. 51, Marzo 1990; Wallace, Santiago: “El proceso de trabajo cervecero. Una mirada desde los riesgos”, en Berrotarán, Patricia y Pozzi, Pablo: *Estudios inconformistas sobre la clase obrera Argentina*, Buenos Aires, Editorial Letra Buena, 1994. Resulta relevante dar cuenta de la recuperación y continuidad —desde el período previo a la Dictadura Militar— de esta línea de investigación a través de prácticas interdisciplinarias y de articulación entre organizaciones sindicales, grupos de trabajadores y científicos sociales.

42 Sobre “lo obvio” como objeto de indagación antropológica ver Achilli, Elena: *Investigar en Antropología Social*, Rosario, Laborde, 2005.

43 Esta producción de los procesos de salud-enfermedad como observables de la formación de la clase obrera remite teóricamente al Modelo Obrero Italiano, que, cuestionando el carácter hegemónico del saber médico y profesional, recupera la importancia de la *experiencia del trabajo* y de los saberes que supone como insumo para la lucha por las condiciones de trabajo. Ver Basaglia, Franco, et al: *La Salud de los Trabajadores*, México, Nueva Imagen,

modo thompsoniano: como “anteojeras” significativas que delimitan el campo de lo posible— adquire mayor centralidad explicativa de las prácticas y significaciones de la clase trabajadora.

En síntesis, desde las décadas del 70 y del 80, las diferentes antropologías latinoamericanas han recuperado una diversidad de conceptos y problemáticas en clave thompsoniana en particular, y del marxismo anglosajón en general, que en su articulación con aproximaciones tradicionales de la Antropología generaron contenidos específicos en los conceptos. En principio, podemos delimitar dos grandes campos de articulación teórica y metodológica. De una parte, aquellos abordajes que remiten a la *clase trabajadora* y su formación como núcleo problemático. En ellos la categoría de *experiencia* adquiere status de proceso objetivo y es reconstruida a través de procesos generales, como las migraciones, las políticas empresarias y los procesos económicos o la dinámica político-sindical. La dimensión subjetiva se aborda mediante las nociones de *conciencia* y de *cultura*. Metodológicamente, esta perspectiva de investigación mantiene la contradicción como premisa, aunque el concepto de cultura elaborado obture la problematización de cómo esa contradicción deviene experiencia del antagonismo subjetivamente asumido. En tanto, en la línea de investigación abierta por Leite Lopes en Brasil, la *experiencia* adquiere connotaciones de *procesos de subjetivación* en tanto modo de internalización de las condiciones materiales. El entramado con la sociología de Bourdieu coloca el centro de la investigación en ese núcleo problemático que es la traducción de las condiciones materiales en experiencia social que configura temporalidades y simbolizaciones puntuales —nexo que no se problematiza en la perspectiva mexicana— donde el antagonismo permanece como posibilidad antes que como supuesto.

De otra parte, las investigaciones que sitúan al carácter socialmente determinado del *trabajo*, su organización y división, como centro a partir del cual se configuran las relaciones que determinan la configuración de diversos conjuntos sociales. En esta línea de investigación, la *experiencia* se concibe como determinada por la misma situación de trabajo y su inscripción sociopolítica, ideológica y cultural. En esta perspectiva, la *experiencia obrera* es un proceso subjetivo, que entrama elementos conscientes y no-conscientes en la síntesis de dimensiones psicofísicas, socioeconómicas e ideológico-culturales determinadas por la conversión del trabajador en *fuerza de trabajo*. Esta conversión es la que articula, para estos autores, aspectos centrales de la *formación de la clase obrera* y

1978.

su expresión en clave organizativa, institucional o política.

Dos cualidades que comparten el conjunto de las investigaciones reseñadas refieren a las nociones de totalidad social y cultura. Respecto de la primera, y asumiendo en las *comunidades* una parte de la tradición holística de la antropología clásica, las investigaciones reseñadas conservan una cierta referencialidad —con diferente peso en los análisis concretos— en totalidades sociales más amplias que determinan la dinámica de los casos estudiados. No obstante, si la construcción de las *comunidades* como objetos antropológicos potenció el análisis en profundidad de lógicas de acción y expresiones concretas de la *agencia* de los subalternos, en ciertos casos se producen abstracciones que asumen la particularidad irreductible de los grupos obreros estudiados por cada antropólogo, y obturan la consideración de las relaciones con procesos societales más generales. Por otro lado, la noción de *cultura* que atraviesa el conjunto de los textos (aún con matices importantes), la asume como una dimensión —privilegiada en el análisis— entre otras configuradas al calor de relaciones sociales. De esta forma, a través de la recuperación de elaboraciones en clave gramsciana, se construye una noción de *cultura* referida a los procesos de cambio social y a las relaciones de hegemonía/subalternidad. En estas investigaciones, las vinculaciones entre individuo y sociedad no resultan problematizadas. Los actores de los procesos culturales y sociales se asumen como colectivos y como expresión de esa formación más amplia que es la *clase* trabajadora, quizás con la excepción de la importancia que asumen las formas individuales de tramitar los procesos de salud-enfermedad en los estudios de antropología médica (si bien es cierto que es en tanto indicadores de procesos colectivos) y en el estudio de F. Neiburg, que otorga especial estatus explicativo del *paternalismo* a las interacciones personales. Estas características van a contrastar meridianamente con aquellas que rodean a la apropiación thompsoniana en décadas posteriores

III - La década del 90 y el estallido de los sujetos. Thompson en el huracán del posmodernismo.

Al promediar la década del 80, el clima intelectual se había transformado: el ascenso y el carácter dominante de las corrientes posmodernas, que en sus posiciones extremas cuestionaban la posibilidad de construcción de conocimiento antropológico, operó mediante la recuperación de nociones y abordajes hermeneúticos e interpretativistas, acompañados de una reconceptualización de las

construcciones objetuales de la disciplina, que se delimitó entonces a partir de la redefinición de la *diversidad* como objeto distintivo de la práctica de investigación antropológica.

El contexto sociopolítico expresado en estos desplazamientos incluía los procesos de terrorismo de Estado y la derrota política e ideológica de los proyectos socialistas o de expansión del Estado de Bienestar y las organizaciones que vehiculizaban su presencia social.⁴⁴ Esta derrota política e ideológica supuso la extensión del capitalismo como lógica económica de reproducción social y como horizonte ideológico-cultural, junto con una impugnación/negación de la clase obrera en un triple sentido: económicamente, se argumentaba que la expansión de nuevas formas productivas y la disminución de la importancia de la producción industrial determinaban una tendencia a la “desaparición” de la clase obrera, con lo que socialmente, entonces, la inscripción de los sujetos a las relaciones de producción dejaba de ser un elemento de delimitación e identificación de grupos y estratos sociales, los cuales pasaban a constituirse a través de elementos como el consumo, cualidades étnico-nacionales, de género, modos de vida particulares, etc. El corolario —o mejor, el inicio— del razonamiento, culminaba con una negación política de la clase obrera como sujeto histórico de transformación social. Si la clase obrera y los proyectos societales que portaba ya no estaban en el horizonte dominante de la academia, el sustrato clasista desaparecía como núcleo de la construcción de problemas y análisis.⁴⁵ Esta negación se expresó en la investigación académica, a través de la construcción objetual de una multiplicidad de “microgrupos”, al decir de Fredric Jameson,⁴⁶ que asumían identificaciones particularistas como momento de afirmación frente a la sociedad global. De modo que la *cultura* y la lógica de la diferencia pasaron a ser las construcciones objetuales fundamentales de la disciplina, recuperando las nociones semiológicas e interpretativistas de cultura, junto con una sistemática obturación analítica de los procesos socioeconómicos que sustentaban la

44 Menéndez, E. *op. cit.*, p. 95 y ss.

45 El indicador más evidente de este desplazamiento en la investigación antropológica es el caso de la transformación de los estudios sobre el campesinado (regionales, productivos y políticos) en estudios identitarios sobre grupos étnicos particulares. En esta transformación permanecen sin explicar, por una parte, los mecanismos socioculturales mediante los cuales una identidad desplaza a la otra y, por otra, las diferencias (o no) entre demandas y reivindicaciones de clivaje étnico y aquellas de clivaje clasista. Para una problematización de estas construcciones desde una perspectiva thompsoniana y un exhaustivo estado de la cuestión a partir de la articulación de la categoría de clase en los estudios sobre el campesinado, ver Espoturno, Marina: *Hay polvareda en el campo profundo. Un análisis de las luchas y procesos de trabajo en un grupo de campesinos organizados*, Tesis de Licenciatura en Antropología, UNR, 2011.

46 Jameson: Fredric: “Sobre los Estudios Culturales”, en AAVV: *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el Multiculturalismo*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

emergencia de tales particularismos.⁴⁷

Acompasando los procesos sociopolíticos y económicos desplegados desde la década del 70, las décadas del 80 y del 90 fueron escenario de la emergencia de coordenadas teóricas y epistemológicas que orientaban las investigaciones hacia el dominio de lo simbólico y hacia la configuración de las relaciones particular-local/global (entendidas básicamente como relaciones de influencia e interacción entre instancias exteriores de la vida social) como objetos privilegiados de la antropología. Específicamente en el campo de la antropología, estas coordenadas se expresaron en un retorno a la *descripción etnográfica* —concebida ésta en términos del registro de interacciones situadas— como fundamento último de la posibilidad de conocimiento antropológico. En toda una vertiente de la investigación antropológica, la discusión se desplazó desde las mejores formas de interpretar y explicar esas relaciones de subalternidad, explotación y opresión, hacia cuál era la manera en que la construcción de los textos etnográficos podría mejor expresar las voces de los actores estudiados.⁴⁸

La trayectoria de la investigación académica en el campo de la antropología del trabajo y de los trabajadores en América Latina, acusó de modo particular la influencia de estas tendencias, tanto por su carácter de teóricamente subordinado respecto de los centros productores como por los particulares procesos sociopolíticos que definieron la suerte de las sociedades de la región desde los años 70. Según el recorrido bibliográfico que realizamos, es posible caracterizar a la década del 80 como un momento de recuperación/profundización de líneas de investigación provenientes de la década del 70, interrumpida por procesos de terrorismo de Estado. Dicha continuidad se evidencia tanto en las elecciones temáticas como en las propuestas teórico-epistemológicas.

A la vez comienzan a desplegarse procesos que serán los núcleos problemáticos que vertebrarán el desarrollo disciplinar durante las décadas siguientes. En primer lugar, los procesos de reconversión productiva, relocalización y transnacionalización de la producción y el accionar de los trabajadores y las organizaciones sindicales frente a ellos. En segundo lugar, directamente ligados con los primeros procesos, la disciplina antropológica dio rápidamente cuenta de la multiplicidad de manifestaciones que adquieren las relaciones laborales y la experiencia del trabajo asalariado para dife-

47 Menéndez, E. *op. cit.*, Cap. 2

48 Para una reseña del desarrollo de la corriente de la antropología posmoderna, ver Reynoso, Carlos: *El surgimiento de la Antropología Posmoderna*, México, Gedisa, 1991.

rentes conjuntos sociales, definidos en términos de género (casi excluyentemente femenino), generacionales (puntualmente los jóvenes) o étnicos (grupos de migrantes particulares). En tercer término, se prestó particular atención a las consecuencias de los masivos procesos de desestructuración de la relación asalariada sobre los actores de la protesta y la conflictividad. Esta línea de investigación fue fundamental en la construcción de una antropología de las relaciones con el Estado y las políticas públicas. Las construcciones problemáticas se desplazan al campo de los movimientos sociales. En esta vertiente de análisis, los aportes thompsonianos son recuperados para la conceptualización de la génesis y el desarrollo de los mismos.⁴⁹

Así, a lo largo de la década del 90 se produce la virtual desaparición de la clase obrera y de la perspectiva clasista del escenario de la investigación socioantropológica⁵⁰ —tanto en términos empíricos como analíticos— que en las posiciones dominantes en la academia se respaldaba en las tesis sobre el fin de la clase obrera. A su vez, los problemas de investigación comienzan a ser construidos en clave de *significaciones, subjetividades* o *identidades*.

Nuestra propia trayectoria de investigación en el seno del Núcleo de Estudios del Trabajo y la Conflictividad Social (NET-UNR) atravesó por un intenso proceso de debate en torno de la perspectiva del marxismo anglosajón. En el NET, la recuperación thompsoniana se desarrolló en una matriz interdisciplinaria, procurando la problematización crítica de los conceptos de clase, experiencia, tradición y cultura en diálogo con otros referentes de la tradición marxista y en tensión con las elaboraciones provenientes del campo disciplinar.⁵¹ Como parte de este colectivo de trabajo se produjeron numerosas investigaciones sobre los procesos de reconversión productiva y el accionar sindical en clave regional, recuperando la relación agencia/estructura como una relación problemática, cargada de determinaciones históricas, políticas y económicas cuya identificación y análisis era parte del tra-

49 Ver Wallace, Santiago: "Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales", en Grimberg, Mabel, Wallace, Santiago, y Neufeld, María (eds.): *Antropología social y política. Hegemonía y poder. El mundo en movimiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1999; Grimberg, Mabel, Hernandez Macedo, Marcelo, y Manzano, Virginia (eds.): *Antropología de las tramas políticas colectivas*, Buenos Aires, Antropofagia, 2007 (entre otras publicaciones).

50 Al respecto ver AAVV: "¿Por qué una Antropología del Trabajo? Aportes para la discusión de su pertinencia disciplinar", ponencia presentada en *I Congreso Latinoamericano de Antropología*, Rosario, 2005, en el que, como parte del Núcleo de Estudios del Trabajo y la Conflictividad Social, intentamos establecer una fundamentación acerca de la necesidad de esta área disciplinar.

51 Los planteos fundamentales de la perspectiva de trabajo del Núcleo de Estudios del Trabajo en AAVV, *op. cit.*

bajo de investigación.⁵² Es fundamentalmente desde esa construcción colectiva que recuperamos los elementos centrales de esta crítica.

Investigadores como Santiago Wallace y Virginia Manzano indagaron las implicancias de las transformaciones en diferentes colectivos de trabajadores metalúrgicos.⁵³ Mientras que Manzano realiza una pormenorizada descripción del cambio en las expectativas y sentidos asociados al trabajo asalariado que habían construido los obreros industriales, conceptualizándolas en clave de *estructuras del sentir*, recuperando el concepto elaborado por Raymond Williams,⁵⁴ Wallace avanza en una conceptualización de la subjetividad en clave psicoanalítica, a escala individual y ubicando al trabajo como canalizador del deseo.⁵⁵

En Brasil, entre tanto, los estudios sobre la clase obrera pierden visibilidad en el campo de la antropología académica hasta el último lustro, durante el cual se revisan y actualizan antiguas problemáticas. Recuperando las nociones thompsonianas sobre la conciencia común construida a partir de estar vinculadas con experiencias compartidas, José Sérgio Leite Lopes logra una interesante comparación entre las construcciones significativas que estructuran la *memoria* de dos grupos obreros particulares (los azucareros y los textiles). Mantener la noción de la historia como proceso objetivo e independiente analíticamente de la perspectiva de los actores, le permite construir una estimulante explicación sobre los modos —sociales— de construcción de la temporalidad histórica.⁵⁶

Otro núcleo de investigación en que se recupera la influencia thompsoniana está delimitado por la intersección de las dimensiones de clase con otras identificaciones en clave de construcciones socioculturales que definen sujetos concretos. En Argentina, investigaciones situadas en el sector

52 Entre los trabajos más relevantes de los integrantes del Núcleo de Estudios del Trabajo se encuentran investigaciones sobre diferentes aspectos de los procesos de reconversión en sectores industriales (siderúrgico, frigorífico, automotriz), de comercio y servicios (grandes superficies comerciales, bancarios, telefónicos, administración de agroindustrias) y estatales.

53 Wallace, Santiago: "Trabajo y subjetividad. Las transformaciones en la significación del trabajo", en *Actas de las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata*, Tomo VI, Rosario, 1996, y Manzano, Virginia: "Del ascenso social a la precarización. Un análisis sobre el proceso de producción de significados en torno al trabajo en el sector metalúrgico a fines de 1990", en *Cuadernos de Antropología Social*, No. 15, 2002.

54 Williams, Raymond: *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Editorial Península, 1977.

55 Wallace, *op. cit.*

56 Leite Lopes, José Sérgio: "Memoria e transformação social: trabalhadores de cidades industriais", en *Revista Maná*. Vol. 17, No. 3, Diciembre 2011.

frutihortícola y de la construcción⁵⁷ centran su atención en el modo en que individuos o grupos familiares ponen en juego construcciones identitarias de clivajes étnico-nacionales para la consecución de determinadas trayectorias en el ámbito laboral (tematizados en clave de “progreso” o “permanencia”). Entretanto, en México, Luis Reygadas⁵⁸ desarrolla una exhaustiva exploración de las articulaciones entre clivajes étnico-nacionales y de género puestos en juego por empresas internacionales y trabajadores en regiones de maquila (tanto mexicanas como guatemaltecas).

En el abordaje de estos procesos se evidencia un desplazamiento problemático y un cambio de perspectiva, ligados con los procesos históricos que mencionamos anteriormente. En lo fundamental, el predominio de un concepto de *cultura* construido en clave semiológica, así como la extensión de la noción de *discursividad* al conjunto de la praxis social, diluyeron la posibilidad de problematizar las relaciones entre prácticas y discursos, problematización que había sido un hallazgo de la Antropología Social.⁵⁹ Metodológicamente, estas corrientes se sustentaron en una noción de realidad social que vuelve a poner el énfasis en las *interacciones* inmediatamente observables como fuente de sentido local y como vector de delimitación de los sujetos de las problemáticas.⁶⁰ Al carácter performativo de la *interacción* localmente situada, se agrega un sesgo predominantemente discursivo en su registro, con lo que las formaciones y acciones colectivas adquieren connotaciones de contingencia e inmediatez.

En este contexto, las perspectivas que abría la noción thompsoniana de *cultura de clase* como objeto de estudio fue desplazada por nociones alternativas —como *subculturas del trabajo* o *culturas del trabajo*— en una operación que relativiza la atención a la *clase* como formación histórico-social y expresión subjetiva de contradicciones inherentes a la acumulación capitalista. La impugnación conceptual de la *clase* fue acompañada, en las ciencias sociales en general, por una reducción del concepto de clase obrera que la asumía como homogénea, monolítica y unívoca en su desarrollo. La respuesta a esta relectura del concepto de clase fue situar el objeto de interés en el

57 Trpin, Verónica: “Aprender a ser chilenos. Identidad trabajo y residencia de migrantes en el Alto Valle del Río Negro”, Buenos Aires, Antropofagia, 2004, y Vargas, Patricia: “Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra. Identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción”, Buenos Aires, Antropofagia, 2005.

58 Reygadas, Luis: *Ensamblando Culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la Industria*, Barcelona, Gedisa, 2002.

59 Uno de los textos que más influencia tuvo en esta conceptualización es James Scott: *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Era, 2000 (publicado en inglés en 1990).

60 Se recupera así una noción predominantemente empirista de la estructura social, en sintonía con el concepto elaborado por Radcliffe-Brown.

trabajo (asimilado a empleo) como relación definitoria de la *identidad* de los sujetos, cualidad que compartiría con las pertenencias étnicas y de género.⁶¹ Enfrentados a la diversidad en el campo empírico, los antropólogos han optado por “pluralizar” e individualizar las “culturas” y “experiencias” de los trabajadores. Esta segmentación, fundamental como momento descriptivo para dar cuenta de la diversidad de formas concretas que asume la existencia de los trabajadores, resulta problemática como asunción analítica, puesto que obtura la comprensión del constante proceso de producción de “diversidad” que supone la reproducción del capital. De esta manera, al obturar la conceptualización de la unidad subyacente a las diferencias regionales, de sectores, de calificaciones, etc., adquiere sentido el enfoque centrado en las *identidades* como procesos contingentes y aleatorios de formaciones colectivas.⁶² La fetichización de los procesos identitarios como la principal expresión de la *agencia* de los subalternos, liberó a la investigación antropológica de la tediosa tarea de explorar y ponderar las vinculaciones socioeconómicas entre grupos de trabajadores que expresan construcciones identitarias de clivajes diversos.

Metodológicamente, aunque con matices —dados por las diferentes perspectivas teóricas que se articulan en cada trabajo— en todos los casos la observación etnográfica y la perspectiva de los actores se sitúan en el centro de las construcciones interpretativas, y los hallazgos permiten identificar formas concretas de articulación entre las dimensiones étnicas y laborales en la configuración de identificaciones por parte de grupos de trabajadores específicos —y por parte de gerencias empresarias en el caso de Reygadas—. Las nociones que categorizan las interacciones entre los individuos remiten a negociaciones y disputas simbólicas; incluso los conflictos entre obreros y empresarios son descritos en clave de conflictos entre culturas nacionales diversas. En estas investigaciones, además del desplazamiento problemático al ámbito de los significados, resulta relevante la “asalariación del concepto de trabajo” (parafraseando a Eduardo Menéndez) y la construcción de la *resignificación* de los contenidos simbólicos implicados en las políticas dominantes como indicación de la *agencia* de los sujetos subalternos.

61 Palenzuela, Pablo: “Las culturas del trabajo. Una aproximación antropológica”, en *Sociología del Trabajo*, Nueva época, No. 25, 1995.

62 Rocío Guadarrama Olivera realiza un interesante estado de la cuestión sobre este tópico, partiendo de la premisa de que el desplazamiento de la *cultura de clase* por *culturas laborales* se produjo a partir de los procesos de globalización que configuraron “un mundo multiforme del trabajo”. Guadarrama Olivera, Rocío: “La Cultura Laboral”, en De la Garza, Enrique (ed.): *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 213-242.

A modo de cierre. Elementos para un abordaje socioantropológico del trabajo y de los trabajadores

Este recorrido crítico de la investigación antropológica en torno del trabajo y los trabajadores pretende presentar —aunque de ningún modo agotar— las principales características que distinguieron las apropiaciones de las propuestas teóricas y metodológicas desplegadas en la obra de E. P. Thompson. Hemos argumentado a lo largo del trabajo que los aportes thompsonianos se entramaron en diferentes problemáticas y tradiciones de abordaje, y que en su operacionalización el sentido que portan sufrió desplazamientos, resignificaciones y derivaciones respecto de su contexto de producción original.

En términos generales, es indudable que la recuperación de nociones elaboradas por Thompson contribuyó a delimitar debates e interpretaciones en torno de la dinámica sociocultural de los trabajadores y sus expresiones clasistas. Al mismo tiempo, aportaron en la construcción de una perspectiva no mecanicista —al estilo *teoría del reflejo* o de la *aculturación*— y contribuyeron a otorgar historicidad a las *categorías nativas* tan caras a la práctica antropológica.

En este contexto, las categorías thompsonianas en las investigaciones sobre los sectores subalternos en general y los trabajadores en particular adquirieron sentidos diferenciados en diferentes contextos institucionales e históricos y teóricos y políticos. En relación con ello, el primer elemento relevante es, claramente, la delimitación en torno de los procesos históricos de derrota de los movimientos políticos y sociales de raigambre popular y la anulación del proyecto socialista (adquiera éste los sentidos que adquiere) como horizonte ideológico que referenciaba buena parte de las investigaciones sobre trabajadores y clase obrera. La traducción de esta situación a las investigaciones socioantropológicas operó a través del desplazamiento del sustrato clasista del análisis y de la virtual desaparición de las investigaciones sobre trabajadores industriales, de la construcción del *sujeto individual* como portador de la *experiencia* y del desplazamiento de la lógica de la contradicción por la lógica de la *diversidad*.

Esta resignificación es posible merced a un cambio en las referencias teóricas disciplinares, y he aquí el segundo elemento relevante para nuestro argumento. En términos generales, las nociones thompsonianas fueron recuperadas en articulaciones —no siempre consistentes— con nociones acu-

ñadas por autores no marxistas.⁶³ Hemos argumentado que son estos autores los que constituyen efectivamente las vías teóricas y metodológicas mediante las que se responden las preguntas planteadas en clave thompsoniana. Un interesante ejemplo de esta situación es lo que acontece con las nociones de experiencia y cultura en referencia a la clase, en los trabajos contemporáneos. Ante la verificación empírica de las transformaciones, la investigación antropológica construyó sus problemas en clave de la *significación del trabajo*, configurando un concepto de trabajo que asumía su carácter asalariado como un dato “dado” y no problematizado y reduciendo sus referentes analíticos a las *experiencias* de actores individuales. El resultado es la disolución de un aspecto del concepto de clase, referido a procesos que trascienden —y condicionan— su expresión en subjetividades individuales y contingentes. Permanecen inexplicadas, por ejemplo, las causas por las cuales aquellos que ponen en juego las identidades étnico-nacionales o de género como parte de su “cultura laboral”, lo hacen para mejorar o sostener condiciones salariales y de vida respecto de otros contingentes de trabajadores a menudo identificados como amenazantes o degradados.⁶⁴

Finalmente, consideramos que lo que distingue a las articulaciones conceptuales contemporáneas es el abandono de la noción de totalidad social históricamente estructurada, lo que condujo a una reducción a la contingencia de los procesos de configuración de identidades o subjetividades.

En síntesis, consideramos que las potencialidades —y limitaciones— de los conceptos thompsonianos para la investigación socioantropológica dependen de la explicitación de una perspectiva epistemológica que recupere: la noción de realidad social como totalidad históricamente estructurada cuyas manifestaciones concretas son diversas e impredecibles; la noción de clase social en tanto relación/situación y en tanto proceso/formación como dos aspectos que se implican mutuamente; la *perspectiva del actor* como objeto de explicación y expresión de procesos hegemónicos, antes que como objeto último del conocimiento socioantropológico.

63 Badaró, *op. cit.*, referencia a autores como Foucault o Bourdieu como los que se privilegia articular con Thompson. Lo fundamental, es que se trata de autores que niegan, desplazan, obturan, el sustrato clasista de análisis que Thompson recupera del “marxismo ortodoxo”.

64 Este tipo de abordaje es muy común en los estudios sobre procesos de tercerización y subcontratación, donde el énfasis se sitúa en las construcciones generacionales o jerárquicas propias de los trabajadores, sin indagar en el rol empresario en la cotidianeidad laboral.